

Las alas de Tía Julia

Estruja la bayeta mil veces estrujada y vuelve a pasarla por la encimera gastada. La Tía Julia, satisfecha, revisa el trabajo bien hecho. La casa limpia, la colcha estirada, el agua puesta a hervir para echar el arroz. Todo pulcro y ordenado, como tiene que ser. Se alegra del resultado y, por fin, se permite sentarse un ratito en el sofá, al lado de la ventana. Contenta, se pone sus alas, cierra los ojos, y echa a volar hacia otra vida y otros tiempos.

Vuela a su pueblo y a su niñez, cuando todavía era Julita. Y vuelve a acompañar a su madre al arroyo, y le ayuda a romper la costra de hielo con la tabla de lavar, para poder dejar aún más blanca la ropa blanca. La suya y la de otros que le pagan unos pocos reales por hacer esa labor ingrata. Sonríe cuando se acuerda de su madre diciéndole: hija, el mejor invento del mundo, la lavadora. Madre, su madre.

Sigue volando y su vuelo le trae recuerdos también lejanos pero más recientes. De cuando Julita ya era Juli e iba, de moza, al baile del sábado. Mil ojos la vigilaban, no fuera a ser que hubiera una caricia de más y tras la misa de doce se hablara de ella más de la cuenta. Qué bien lo pasaba, qué bonito aquello, qué felicidad, a pesar de todo. Ahí estaba él, de joven, tan guapo. Vuela hacia la boda, por todo lo alto, que ni sabe cuántos pollos se guisaron. Vuela al viaje de novios, una noche al pueblo de al lado, ya ves tú, en una burra prestada. Y vuela a aquella primera noche, que no sabían ni qué hacer, si antes se habían dado dos besos en cuatro años de novios. Lo que pudieron hicieron.

Enseguida vino la migración a Madrid. Se acuerda otra vez de su madre, que vino a despedirla al autobús. A la Sepulvedana o la Pisipulvedana, como decía ella, y no hubo quien le cambiara el vocablo. Su padre, al que el frío ya no se le iba del cuerpo después de tantas madrugadas yendo a trabajar al campo, también vino a despedirla. Ese hombre helado a pesar de ser verano le abrazó bien fuerte ese día y por vez primera. Padre, su padre. Ay, aquel viaje en autobús venga ella a llorar de pena. Y ay de ellos, tan jóvenes, tan solos, cuando llegaron a este barrio madrileño. Entonces estaba lleno de gente como ellos, y ahora fíjate como está, con gente que son como eran ellos pero que al ser de otros colores y otras tierras le parecen a Tía Julia que son menos de lo que eran ellos.

Y luego vinieron los hijos. El hijo primero, luego la hija. Los hijos. Se le encoje el corazón cuando piensa en los hijos. Los hijos son para las madres, dijo él. Y en casa se quedó ella, que entonces ya no era Julita, ni Juli, sino Julia. Años de estirar el dinero todo lo que se podía estirar, que parecía que no alcanzaba, pero qué bien llevaba ella a los hijos, que parecían hijos de ministro. Ni un remiendo se les notaba. A todas partes iban ellos, no les faltó de nada, a base de quitarse ella de vicios y jolgorios. Que al ladito del centro vive y ni una vez pisó el teatro hasta que de mayor, cuando ya era Tía Julia, le invitó su hija a una función por Navidad.

La hija. Cuántas veces le dijo a su hija tú estudia, no te vayas a ver como yo, atrapada en casa, dependiendo de nadie. Y ella estudió lo que quiso, y entraba y salía lo que quería. Y qué feliz Tía Julia de ver a su hija tan libre. Tenía que haber nacido yo en esta época, le decía cuando la veía de arriba para abajo. Suspira. Ese novio que se echó, que nada más oírle hablar supo Tía Julia donde se metía la hija.

Hoy también echará un puñaito de arroz de más, no vaya a ser que a alguno de los hijos le de por venir. Aunque en el fondo sabe que no, que no vendrán. Ya lo dijeron la última vez que en realidad no fue la última. Que si la cosa no cambiaba, no pisaban más esta casa. De eso hace ya siete años. Pero ella echará el puñaito de más, como siempre, no vaya a ser...

Instintivamente, se lleva la mano a las costillas. Todavía duele, y mira que ha pasado tiempo. Dos costillas fracturadas. Las escaleras, doctor, que no sé dónde me hallo. Pues se cae usted mucho, Julia, vamos a hacerle un examen neurológico, a ver si hay algo que no estamos viendo, le dijo su médico. No es cuestión de ver, si no de mirar, pensó ella, mientras miraba, ella sí que miraba, a su marido, todo tieso en la silla, como si no fuera con él aquello, como si la verdad fuera que se ha caído por la escalera y no que él volvió otra vez del bar dispuesto a molerla a golpes. Suspira de nuevo. Se ha cansado de volar, se le cayeron de pronto las alas. Empezó volando contenta y otra vez se ha puesto triste.

Van a dar las tres, se levanta a echar el arroz. Tía Julia, sin sus alas, se empieza a hacer cada vez más pequeña.

Y para cuando él entra en casa, de tanto hacerse pequeña, ya no queda nada de ella.